

Derechos humanos y edición digital

Human Rights and the Digital Edition

Enrique FERRARI NIETO

Universidad de Extremadura

eferrari79@gmail.com

Recibido: 16/11/2012
Aprobado: 23/04/2013

Resumen:

Ha querido entenderse internet como un medio de comunicación de masas más. Se ha tomado como cómplice también de la hiperrealidad, cambiándole a Baudrillard sus referentes, confundiéndolo con la realidad virtual, sin hacer caso de su estructura hipertextual. Pero, a diferencia de los otros medios, internet incrementa enormemente las fuentes de la información: tantas como usuarios. Con lo que, frente al relato consensuado por los pocos medios anteriores sobre los derechos humanos, que los había anquilosado, arrinconado, la edición digital colapsa esos derechos positivos, volviéndolos de nuevo acciones, actualizándolos.

Palabras Clave: hiperrealidad, medios de comunicación de masas, internet, inteligencia colectiva, derechos humanos.

Abstract:

The Internet is understood mostly as a medium of mass communication. It has also been taken as an accomplice of hyperreality, changing Baudrillard's references and mistaking it for virtuality, while ignoring its hypertext structure. But unlike other media, the Internet is always enormously increasing its sources of information, which are as many as its users. Other mass media maintain a common narrative and treat human rights as static, but the Digital Edition changes these positive rights, converting them into new actions, and updating them.

Keywords: Hyperreality, Mass Media, Internet, Collective Intelligence, Human Rights

I.

Con la agilidad propia de los que han sabido seguirle el paso a la informática, sin dudar al principio o sin despistarse luego, sin quedarse atrás con cada nueva dirección, Robert Gelman propuso en 1997, cuando internet apenas comenzaba, un primer borrador para una declaración de los derechos humanos en el ciberespacio: Un cuarto nivel de derechos universales, solo unos años después de que Karel Vasak, en 1979, sumara a los derechos de primera y segunda generación (los fijados en 1948, pero con recorrido desde el siglo XVIII) una tercera generación que diera respuesta a la preocupación creciente por la ecología y la solidaridad. Propiamente un acceso universal a la tecnología y un mejor flujo de la información, que en 2005 Hamelink apuntala con cinco principios básicos en torno a las tecnologías de la información y la comunicación: los derechos a la libertad de expresión, a la protección de la privacidad, de inclusión, a la diversidad y de participación. Una propuesta audaz, porque lo que pedía Gelman no era, de hecho, nuevos derechos, como en las declaraciones anteriores, sino la inclusión de un nuevo ámbito de actuación, la traslación de esos derechos ya consensuados, ya aprobados, a internet; y, con el cambio, una reevaluación de estos, un ejercicio crítico sobre su aplicación histórica, porque bajo el decálogo, latente, hay también una llamada de atención, por el punto de inflexión que supone para la comunicación los medios digitales, una tecnología que, aunque podría acabar con los desequilibrios económicos y culturales entre unos países y otros (y entre unos individuos y otros), está haciendo más profunda la brecha, hundiendo todavía más a los que ya estaban en desventaja.

Esta petición de reconocimiento de una cuarta generación de derechos humanos es, ante todo, una alerta, un aviso a tiempo, cuando todavía estamos en los primeros pasos de internet: una actualización de aquellos derechos universales que se ven afectados por la tecnología digital, como la privacidad o el derecho a expresarse o a estar debidamente informado. Hay ya buena literatura sobre la cuestión. Pero cabe una segunda convergencia entre los derechos humanos y las tecnologías para la información y la comunicación, otra dirección para la reflexión sobre los cambios que impone o facilita internet: Cómo la edición digital puede colapsar el relato consensuado por los distintos poderes, económicos y políticos, en el que los derechos humanos –aceptados pero inofensivos, huecos, adiestrados– funcionan solo de aval y de reclamo, legitimando una comprensión de la realidad que justifica los desequilibrios, la posición privilegiada de unos pocos. Cómo

la edición digital puede obligar a esos derechos universales a una autoevaluación, a un análisis crítico, a reconocerse sus aristas, en su confrontación con otros (micro)relatos.¹ Porque en las grandes definiciones, cuando se ven los derechos desde lejos, es fácil estar de acuerdo; pero al concretarlos, al actualizarlos, se acaban volviendo problemáticos, recuperan de pronto su historicidad, su condición de productos históricos, imperfectos, con una trayectoria de desencuentros que no se llega a borrar del todo.

Al principio se entendió internet (al menos en la opinión pública) como un medio de comunicación de masas más. Faltó un análisis riguroso de su mecanismo, de su estructura reticular e hipertextual, que aleja la edición digital de los medios tradicionales: también en este punto, con los derechos humanos, porque la tecnología digital dificulta, hace inviable, ese relato comodón y acrítico al que los *mass media* han dado credibilidad. Entendieron el incremento de archivos y documentos a partir solo del incremento de los editores, por las facilidades que la nueva edición digital da a cualquiera para editar sus textos: como si los que suben archivos a la red fueran individuos solitarios, cada uno en una isla desierta, lanzando al mar mensajes en botellas. Pero ese aumento de la producción no viene tanto del número –mucho mayor– de editores como por la estructura reticular, en forma de red, de la web, que vincula lo vertido en internet como si fueran sistemas orbitales, en los que unos documentos atraen a otros nuevos, generan múltiples respuestas, como si fueran nuevas capas, ampliando o corrigiendo la anterior, sumándole a esa primera perspectiva otras muchas más. Todas al alcance del usuario, por el lenguaje hipertextual que maneja la informática: documentos que se conectan sin una jerarquía, activándolos el propio lector a través de los enlaces que selecciona en su lectura, confrontándolos constantemente, para acabar con la ilusión del relato cerrado, hermético, que con su sintaxis cuidadosamente medida quiere aparecer como incuestionable. Escribe Pla en *El cuaderno gris*: “El orden tiene esto de malo: paraliza, admira, invita a no tocar nada. Invita a dejarlo todo para mañana. Dejar una cosa para mañana es dejarla para siempre.”² También la revisión de unos derechos humanos universales que en ese relato cerrado por los poderes económicos han pasado a ser un adorno, o un edulcorante, bien quietos, sin querer molestar a nadie. Aunque discurso o discurrir sean solo metáforas que remiten a caminar, a dar con algo en el camino, como ha dicho Lledó: implícitos el movimiento y las alternativas en la dirección, frente al objeto estático con que se representa a menudo la verdad.³

Como alternativa al orden anterior, la propuesta de Pierre Lévy es –con un término que ha tenido un éxito inmediato– la inteligencia colectiva, más atenta a la construcción de comunidad, a partir de una búsqueda común de conocimiento, que a pretensiones de verdad: la inteligencia entendida –dice– en su sentido etimológico, como trabajar en conjunto, *inter legere*, como punto de unión no tanto de ideas como de personas.⁴ Una iniciativa a la que no es difícil vincular otras pre-tecnológicas, que inciden en ese mismo énfasis en la comunidad, en los agentes de la comunicación, mejor que en el mensaje: todo auténtico decir –escribió Ortega– no solo dice algo, sino que lo dice alguien a alguien.⁵

¹ Escribe Ortega para un contexto más general: “Diez siglos de continuidad cultural traen consigo, entre no pocas ventajas, el gran inconveniente de que el hombre se cree seguro, pierde la emoción del naufragio y su cultura se va cargando de obra parasitaria y linfática. Por esto tiene que sobrevenir alguna discontinuidad que renueve en el hombre la sensación de perdimiento, sustancia de su vida.” En “Pidiendo un Goethe desde dentro. Carta a un alemán”, *Obras completas*, Madrid, Taurus, 2004, tomo V, p. 122.

² Pla, J., *El cuaderno gris*, Barcelona, Destino, 2007, p. 51.

³ Lledó, E., *El silencio de la escritura*, Madrid, Espasa, 1999, p. 51.

⁴ Lévy, P., *Inteligencia colectiva para una antropología del ciberespacio*, Washington, Organización Panamericana de la Salud, 2004, p. 17.

⁵ Ortega y Gasset, J., “Prólogo para franceses”, *La rebelión de las masas*, *Obras completas*, op. cit.,

Pienso, por ejemplo, en las éticas dialógicas, en Habermas y Apel, con una filosofía que se arraiga en el diálogo, que entiende que la verdad no es propiedad de nadie, que la respuesta no es tanto un imperativo categórico como un diálogo racional en busca de consenso. Aunque prefiero aquí una perspectiva historicista para cerrar esta propuesta de convergencia de los derechos humanos y la edición digital, que tome las distintas declaraciones de derechos universales como productos históricos, culturales, incluso provisionales, revisables, en tanto que herramienta para la sociedad, en tanto que tengan que justificar su utilidad. Frente a las reservas en torno a la poca credibilidad de los datos en la web, los errores y el poco rigor de muchas páginas, que llevan la crítica a un plano meramente epistémico, la metafísica de la expresión de Eduardo Nicol, que parte de la historicidad del hombre, sugiere para la reflexión un terreno de más estratos, de más capas bajo esa primera, tan ingenua, sobre el número de equivocaciones, incapaz de ver en internet un potente detector de mistificadores. Escribe Nicol que la verdad es un modo de ser, más que de conocer, que el problema de la verdad en terreno ontológico no se endereza tanto hacia el ser de la verdad misma como hacia el ser del ente que la produce y vive de ella.⁶ El hombre: Como operario, también de unos derechos universales en evaluación continua. Mejor que como heredero o espectador lejano.

II.

Con *La galaxia internet*, ya en 2001, Castells advirtió del peligro de no entender bien qué era internet, cuál era su lógica, y su lenguaje y sus límites; solo los datos tecnológicos. La progresión de la web fue tan rápida que la investigación académica no se vio capaz de estar a la altura, no hizo los estudios pertinentes, y su espacio lo ocuparon otros: la ideología y el chismorreo, escribe Castells, que sesgaron la comprensión de este nuevo ámbito social y económico.⁷ Las críticas que se le hicieron a internet entonces no contaron con un corpus de investigación empírica, ni con un cuestionario adecuado para enfocar el estudio, demasiado centrado en unos pocos usos que no son ahora los generalizados.⁸ Pero esas reservas se han mantenido vigentes, pululando en la opinión pública, con una dicotomía casi caricaturesca entre la realidad y la virtualidad que le suponen a la web, no como una suma de procesos virtuales de comunicación, sino como ficción, irrealidad, aparte de la realidad.

También en filosofía, con la que a menudo la traslación del referente se convierte en una cuestión menor, en una maniobra secundaria, oculta o al menos desapercibida: Con el cuidado puesto en la composición de la abstracción, en las piezas mismas de la reflexión filosófica, queda desatendida esa vinculación con lo referido, lo que permite correrlo, moverle sus límites, o incluso sustituirlo, adecuándolo a otros intereses. Subrepticamente. O despreocupadamente. Pero en todo caso sin querer mostrar las cartas. Otra cosa que los ajustes que, a cara descubierta, se le puedan requerir a un texto para actualizarlo, para recuperarlo de su momento histórico para el presente, en una negociación también con cesiones, pero que quedan recogidas en el historial, como en la restauración de una pintura. Porque aquí al autor se le trata como a un rehén, obligado a cumplir con unas condiciones que no son las suyas. Baudrillard, por ejemplo: muy usado cuando se quiere alzar la

tomo IV, p. 350.

⁶ Nicol, E., *Metafísica de la expresión*, México DF, Fondo de cultura económica, 1957, p. 252.

⁷ Castells, M., *La galaxia internet*, Barcelona, Areté, 2001, p. 17.

⁸ *Ibid.*, pp. 137-138.

reflexión en torno a la tecnología informática hasta la filosofía. Desde que en 1978 hizo de los medios de comunicación de masas los cómplices que necesitaba la hiperrealidad: un término exitoso, todavía hoy muy recurrido para muchos; pero, sin tocarle el entramado de su reflexión, la referencia a los medios (entonces sobre todo a la televisión) se ha ido trasladando sigilosamente hacia internet, o al menos la han ensanchado para cubrir también internet. Como si desde las trincheras los más reacios a la tecnología digital hubieran querido convertir su pensamiento en la legitimación filosófica de la comprensión de internet como solo virtualidad y, con otra traslación, esta conceptual, como simulacro, encajando más o menos el término común, como imitación o ficción, en el concepto de Baudrillard.

La noción de simulacro pretende abarcarlo todo, cubrirlo todo, algo así como una llave epistémica que determina el resto de los niveles del análisis. La realidad –con su hipótesis– habría sido sustituida por la hiperrealidad. Queda todo dentro: demasiado terreno, demasiadas direcciones que trabajar, con espacios en los que Baudrillard apenas pudo trazar unas pocas líneas para comprenderlos, tan indefinidos que no han podido quedar a cubierto de otras interpretaciones, incluso dispares. El simulacro queda muy cerca de la simulación (con su sentido más general), de la virtualidad: por tanto en el campo de acción de la comprensión de internet como espacio virtual, separado y otra cosa que la realidad, con esa desconfianza como la repercusión inmediata para el ámbito del conocimiento; con el referente de la realidad virtual, a veces demasiado cerca de la ciencia ficción, para centrar la cuestión desde un plano casi ontológico, con esa antinomia un tanto forzada entre lo virtual y lo real. Porque la inmersión del usuario en ese espacio aparte parece que reclama una separación tajante, hermética, del mundo que queda fuera: como si el contenido de internet no pudiera tener más validez que la ficción, como si tuviera una legislación diferente. Como si en lo epistémico tuviera que asumir los mismos reparos que en lo ontológico, por esa virtualidad, como si fuera una enfermedad congénita, al identificarla con la no realidad (sea esto lo que sea): sin ningún rigor, sin entender el sentido de lo virtual en internet, sin atender a su mecanismo hipertextual, descentralizado, de redes de comunicación interconectadas; como si realmente fuera un espacio físico, con una continuidad que permitiera, literalmente, navegar a través de él, como si el verbo aquí no fuera solo una metáfora.⁹

Pero para los pasos que haya que dar fuera de Baudrillard primero hay que defender la ampliación del entorno de influencia que se quiere para el referente: volverlo problemático, una cuestión central para la aportación que se le quiera sumar. Internet puede quedar incluido con el resto de los medios de comunicación de masas y, por tanto, asumir también la responsabilidad que les achaca Baudrillard como cómplices del crimen perfecto, como lo han querido muchos, incluyéndolo en esa realidad virtual de la que habla el propio Baudrillard. Pero puede ser también una alternativa. Pueden vérsese las diferencias con los otros medios. Incluso como respuesta a estos, como una posibilidad si no de desenmascarar esa hiperrealidad sí de rascar bajo ella, de plantear otros discursos u otros cauces frente al discurso principal que nutre (que nutriría con su hipótesis) esa hiperrealidad.

⁹ Ferrari, E., “Limitaciones de la metáfora de la inmersión en la comprensión de novela e internet como espacios virtuales análogos”, *Revista de Filosofía*, 2011, 36, 2, pp. 157-178.

En Baudrillard lo hiperreal es la generación por los modelos de algo real sin origen ni realidad: Lo propio de esta era de la simulación, que se abre con la liquidación de todos los referentes, con su resurrección artificial en los sistemas de signos. Porque simulación aquí no es imitación, sino la suplantación de lo real por los signos de lo real, que revierten y eliminan toda referencia: ha habido una transición desde los signos que disimulan algo a los signos que disimulan que no hay nada, porque como no somos capaces de afrontar el dominio simbólico de la ausencia, dice, nos sumimos en la ilusión contraria, con la proliferación de pantallas e imágenes. Escribe en *El crimen perfecto*, de 1995: “La realidad ha sido expulsada de la realidad. Solo la tecnología sigue tal vez uniendo los fragmentos dispersos de lo real.”¹⁰ Con un bombardeo de signos que la masa (una noción que usa, con su sentido negativo, pero que no le gusta, por *blanda, viscosa, lumpenanalítica*, dice)¹¹ devuelve en eco, como respuesta a las ondas convergentes con las que se le interroga: a un tiempo, objeto y sujeto de la simulación, capaz de refractar todos los modelos y de verterlos de nuevo por hipersimulación.¹² Porque para Baudrillard la información no es un modo de comunicación ni de sentido, sino –escribe– de emulsión incesante, de input-output y reacciones en cadena dirigidas: “Se deben estructurar las masas inyectando en ellas información, se piensa liberar su energía social cautiva a fuerza de información y de mensajes [...] Pero es todo lo contrario. En lugar de transformar la masa en energía, la información produce siempre más masa. En lugar de informar como pretende, es decir, de dar forma y estructura, neutraliza siempre más el 'campo social', crea más y más masa inerte impermeable a las instituciones clásicas de lo social, y a los mismos contenidos de la información.”¹³ Advierte, de hecho, que la más alta definición del medio corresponde a la más baja definición del mensaje, que la más alta definición de la información corresponde a la más baja definición del evento.¹⁴

Una reflexión que luego otros han prolongado hasta la realidad virtual, como extremo de la técnica, como la entiende él mismo,¹⁵ como ejemplo de esa alta definición, para generar una ficción. Pero que se puede continuar también hasta internet, hasta la web, del lado contrario, como contrapeso, como un espacio de alternativas a los cauces oficiales, con otras muchas voces, imposibles de controlar todas, de dar con esa alta definición. Con la perspectiva de Bourriaud, con su estética relacional, por ejemplo, como otro espacio de sociabilidad.¹⁶ O de la convergencia de Jenkins.¹⁷ O lo que Kerckhove ha llamado cultura participativa, o saber colectivo, o inteligencia colectiva o libre, a través de una organización en red.¹⁸ Lz propia del *homo navigator*, que interactúa con la información recibida, porque la busca y la selecciona, y le da un contexto y unas relaciones, al contrario de lo que hacía o hace el *homo videns*, la figura del espectador mediático pasivo.¹⁹ Con el referente, todos, de Pierre Lévy, de esa primera premisa de que nadie lo sabe todo, pero todo el mundo sabe algo, de que todo conocimiento reside en la humanidad. Como si consistiera en juntar todas las piezas de un puzzle, como alternativa a los grandes grupos mediáticos y las burocracias

¹⁰ Baudrillard, J., *El crimen perfecto*, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 15.

¹¹ Baudrillard, J., *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós, 2005, p. 111.

¹² Ibid., p. 137.

¹³ Ibid., p. 132.

¹⁴ Baudrillard, J., *El crimen perfecto*, op. cit., p. 47.

¹⁵ Ibid., pp. 53-54.

¹⁶ Bourriaud, N., *Estética relacional*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2006, p. 28.

¹⁷ Jenkins, H., *Convergence culture. La cultura de la convergencia de los medios de comunicación*, Barcelona, Paidós, 2008, p. 14.

¹⁸ Kerckhove, D., “Inteligencia conectada y mente colectiva”, *Revista de Occidente*, 1998, 206, p. 32.

¹⁹ Molinuevo, J. L., *La vida en tiempo real. La crisis de las utopías digitales*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, p. 99.

gubernamentales, como un modo –escribe Lévy– de liberarse de una comunicación confiscada y de reactivar con el encuentro los distintos pensamientos aislados. Una comunicación horizontal y libre, el mejor exponente de la libertad de expresión, pero con una meta más ambiciosa, que toca la identidad: “la invención de nuevos procedimientos de pensamiento y de negociación que pueda hacer surgir verdaderas *inteligencias colectivas*.”²⁰ Aunque Baudrillard impide o condiciona en exceso, minusvalora, cualquier reflexión posterior a su postulado de la hiperrealidad, que funciona de corte.

III.

Sin entrar en otras disquisiciones más suspicaces: Los medios de comunicación de masas obedecen, en principio, a la mejora progresiva de los mecanismos capaces de transmitir la información, cada vez en un ámbito mayor y en menos tiempo. Como el resultado, cada vez más pulido, más sofisticado, de la voluntad del hombre de conocer lo que sucede. Primero con la prensa, y luego con la radio y la televisión. Pero estos medios, que se han denominado, con el término en inglés, *mass media*, solo han buscado multiplicar sus receptores, el otro extremo del hilo de la comunicación, no el de los emisores, solo unos pocos, infinitamente menos que los receptores, que funcionan más bien como competencia, como terminales autónomos, en busca de una audiencia disputada con otros: una audiencia de la que se espera receptividad, pero no un diálogo de dos direcciones. A pesar de sus progresos (en el volumen y velocidad de la información), estos medios de comunicación de masas siguen siendo exclusivos, siguen manteniendo el estatus privilegiado del emisor, como dueños de ese espacio mínimo desde el que es posible difundir unas ideas. Son decididamente unidireccionales, con un solo sentido para la información, sin posibilidad (apenas) de retorno de la noticia en forma de comentario o respuesta del lector o el oyente o el espectador. Basta un ejemplo: La Guerra del Golfo, de 1991, paradigma de la hiperrealidad para Baudrillard, fue la primera guerra televisada en directo. Pero las imágenes las proporcionó solo la CNN norteamericana, con todos los filtros que quisieron ponerle. Lo que generó un intenso debate, reflexiones que luego han tenido bastante recorrido, con esa impresión de irrealidad de las imágenes seleccionadas, incruentas, asépticas, que, con todo, constituyeron la única realidad accesible para el espectador, hasta sustituir lo que –al menos hasta hace poco– consideraríamos los hechos reales: la realidad de los fuegos artificiales, con el cielo teñido de verde al caer las bombas, en vez de la de los cuerpos destrozados por la metralla. Porque es el emisor el que decide qué transmitir (qué seleccionar), qué relato le es más conveniente, que lo hace llegar sin posibilidad de réplica, de contraargumentación (al menos en el mismo medio, con las mismas condiciones). Porque hay una separación tajante entre el emisor y el receptor. Es el emisor el que tiene la función de crear (en un plano menos ingenuo) o de transmitir la noticia, el que tiene el papel activo en una dicotomía demasiado marcada en la que el receptor, en el mejor de los casos, solo puede mantener una actitud crítica para desconfiar del mensaje, para no creérselo, pero no para plantear una alternativa o reconstruir de otra forma la realidad captada. Toda la responsabilidad cae del lado del emisor: Depende de él, de su honestidad, la fiabilidad de lo que transmite, o incluso su adecuación a los derechos humanos, con su aceptación implícita, para vencer las constantes sospechas (muchas veces confirmadas) que generan los medios de comunicación, por la suma de intereses que prevalecen o pueden

²⁰ Lévy, P., *Inteligencia colectiva para una antropología del ciberespacio*, Washington, Organización Panamericana de la Salud, 2004, pp. 10-11.

prevalecer a la hora de conformar una noticia (de contextualizarla, interpretarla, resaltarla o incluso ocultarla), porque con la enorme importancia que, con sus denuncias, han tenido los medios para la difusión y defensa de los derechos humanos queda ese componente perverso de la unidireccionalidad, de los papeles estancos del emisor y el receptor.

En cualquier medio de comunicación quedan recogidos los derechos humanos, son parte (latente) de su contenido, o del referente común, asumido, de un relato de mayor envergadura que los engloba, que legitima una estructura social, un estatus de poder: una estabilidad o un inmovilismo que les garantiza un puesto privilegiado a los poderosos, a los que el reconocimiento teórico a los derechos humanos no les perjudica. Al menos mientras estos se muestran sumisos, sabedores de ese papel discreto –rimbombante pero secundario– que les corresponde en el relato. Pueden encontrarse allí. Pueden localizarse. Pero, si es necesario, permanecen estáticos, lejanos, no problemáticos, no confrontados minuciosamente con la letra pequeña de la información, para evitarles roces. Como si estuvieran en una urna: venerados, pero sin hacerles demasiado caso. Porque los medios tienen poco margen para desmarcarse, al depender de licencias y grandes grupos empresariales. Solo internet, con su estructura reticular, permite una comunicación menos polarizada, bidireccional, sin emisores y receptores claros (aunque los viejos emisores están también en la red), que hace de la información una suma de perspectivas, de frentes. Un auténtico cambio cultural de la mano de la informática, con la que el usuario, sin delegar ahora en otros,²¹ confronta y filtra las numerosísimas fuentes de información en un ejercicio práctico de conocimiento perspectivístico, la única posibilidad de conocimiento para Ortega, tanto más perfecto cuantas más perspectivas sume.²² Con internet la legitimación de un único discurso (la perspectiva que se cree única, la falsa, dice Ortega) se vuelve imposible, al ampliar mucho, al menos, el espectro de posibles emisores gracias a las facilidades técnicas para editar uno mismo un mensaje y tomar parte activa en la maraña de informaciones de nuestro tiempo. Al haber no dos, sino muchas más direcciones, esa estructura del poder no puede controlar (del todo, en todas partes) la información, moldeada con sus intereses, que de pronto se vuelven mucho más heterogéneos. Por su propia naturaleza, por la velocidad y dispersión de fuentes en la comunicación y su poder performativo, al colapsar a través de su sistema de hipervínculos la estructura lineal, argumental, que pretende darle a la noticia la apariencia de estar ya cerrada, concluida, que queda solo recoger y transmitir, con una sola dirección y sentido, sin más margen de maniobra.²³ Decía Pla que hacer frases es relativamente fácil, que es deshacerlas después lo que le preocupaba.²⁴ Una vez escrito, el texto hace difícil el diálogo: demasiado forjado, demasiado seguro de sí mismo, para aceptar cambios, para dejarse poner en entredicho. El hipertexto,²⁵ en cambio, con todos sus defectos, es más honesto, más escéptico, al saberse

²¹ No entro aquí en las suspicacias que genera el algoritmo de indexación para el rastreo de páginas web que emplean los buscadores. Se puede consultar: Ippolita, *El lado oscuro de Google. Historia y futuro de la industria de los metadatos*, Barcelona, Virus editorial, 2010.

²² Ortega y Gasset, J., “Verdad y perspectiva”, *Obras completas*, Madrid, Taurus, 2004, II, p. 163.

²³ Es desconcertante el contraste enorme que existe entre la multitud de factores que intervienen en la noticia (su selección, el enfoque, el contexto, el argumento, etc.) y la apariencia de objetividad que se busca por encima de todo al transmitir la noticia al receptor, que tiene que hacer un esfuerzo descomunal para no dejarse embaucar, para mantener una actitud crítica, reflexiva, sobre el contenido de la noticia, pero también sobre su estructura, sobre cómo se ha construido.

²⁴ Pla, J., *El cuaderno gris*, op. cit., p. 329.

²⁵ Lo define Ted Nelson: “Con hipertexto me refiero a una escritura no secuencial, a un texto que se bifurca, que permite que el lector elija y que se lea mejor en una pantalla interactiva. De acuerdo con la noción popular, se trata de una serie de bloques de texto conectados entre sí por nexos, que forman diferentes itinerarios para el usuario.” En Landow, G., *Hipertexto. La convergencia de la teoría crítica contemporánea y la tecnológica*,

expuesto a réplica, en una polifonía en la que cada enfoque entra en los dominios del otro, explorando sus posibilidades, cada enlace como un puente que crea nuevo contenido, como si fuera un tropo, porque el sentido de cada fragmento cambia, se desplaza, al unirlo con otro inesperado.

Hemos agotado cualquier argumento sobre nuestros privilegios cognitivos, no podemos agarrarnos todavía a esa realidad estable y objetiva en la que creíamos antes, escribe Margolis.²⁶ Pero, una vez diluido por el contacto con otras perspectivas contrarias y contradictorias el marco consensuado por esos pocos emisores, los derechos humanos pueden volver a ser de nuevo acción, energía, con el término de Baudrillard: agentes fundamentales para la rotación del mundo, o de pequeñas parcelas del mundo: Túnez, Egipto, con sus revoluciones, España, con la canalización del hartazgo y desesperanza de muchas jóvenes, o unos pocos disidentes en China, por ejemplo. Porque con la edición digital, o con algunos de los productos que hace posible la edición digital, esa distancia entre los derechos humanos positivos, escritos, y las reivindicaciones concretas que exigen una respuesta contextualizada en base a derecho se acorta tanto que las declaraciones tienen que volverse sobre sí mismas, hasta colapsarse, demasiado encarnadas para permanecer al fondo, para no sufrir daños en la confrontación con el contenido que se trasmite. Como si se minara, desde dentro de ellos mismos, ese núcleo de viejas fórmulas, como si se les forzara los miembros, las articulaciones (entre la realidad y el derecho fijado) que, después de tantos años sin mover, se han quedado anquilosadas, artríticas. El engranaje imposible que los quiere a un tiempo tranquilos y en activo colapsa.

IV.

No es difícil buscar ejemplos. Señalo dos significativos, recientes cuando escribo esto:

La Plataforma de Afectados por la Hipoteca consiguió en 2012 casi un millón y medio de firmas en España para pedir al Congreso de los Diputados la dación en pago como solución a los desahuciados: una iniciativa legislativa popular tremendamente exitosa que, al entrar en los cauces burocráticos del Congreso, murió asfixiada, ante la negativa del partido mayoritario a plantear una reforma de calado, a buscarles una solución a las familias que, arrasadas por una crisis que desencadenó el sistema financiero, no podían pagar sus hipotecas a los bancos; pero que trastocó el discurso oficial, con otra explicación que la que le habían buscado desde el poder. De creer que el banco tiene derecho a reclamar la deuda contraída, independientemente del valor (de la tasación, mejor) del piso en uno y otro momento, a sospechar detrás del boom inmobiliario un timo piramidal que multiplicó el precio de la vivienda (y del suelo) artificialmente, para sacar tajada unos pocos; a pensar en el que pierde el piso no como un moroso sino como una víctima, un timado. Una lectura que ha calado en la opinión pública,²⁷ cada vez más beligerante, más indignada con el discurso de los grandes organismos oficiales, nacionales e internacionales, de que hay que salvar a los bancos para salvar la economía y salvarnos así todos, pero sin escatimar víctimas colaterales. Otro planteamiento alternativo que ha ido engordando con nuevos elementos colgados en la red: sueldos, dietas, sobrecostes, donaciones y condonaciones de banqueros rescatados y políticos, todo vergonzante, hasta ahora tapado.

Barcelona, Paidós, 1995, p. 15.

²⁶ Margolis, J., "Beneath and Beyond the Modernism/Postmodernism Debate", *What, after all, is a work of art?*, Philadelphia, The Pennsylvania State University Press, 1999, pp. 6-7.

²⁷ Aparece también hoy en los medios de comunicación tradicionales, al rebufo cuando les interesa o no les queda más remedio.

Otro: En una carga policial por una manifestación en Barcelona a finales de 2012 una mujer perdió la visión de un ojo por el impacto de una bola de goma lanzada por los antidisturbios de la policía autonómica. El consejero de interior se lavó las manos: negó que los antidisturbios hubieran empleado ese material para disolver la convocatoria en esa zona. Pero testigos y fotógrafos desmontaron rápidamente su versión de los hechos. Tuvo que rectificar. Unos días antes, en Tarragona, otro policía le abrió la cabeza a un niño de 13 años con la porra. Cuando estaba en el suelo, un compañero aprovechó para darle otro golpe. Una mujer le recriminó su conducta, y también fue agredida. Las imágenes que grabaron los testigos obligaron a ese mismo consejero a reconocer que, contra la versión oficial de la policía, el niño ni siquiera participaba en la manifestación.

Las reservas con internet apuntan o han apuntado a tres direcciones: 1) los daños psicológicos, incluso sociales, de su uso abusivo, por el aislamiento que le genera al usuario, que sobredimensionó en 1995 Sherry Turkle;²⁸ 2) la dificultad de distinguir lo real de lo falso (los *fakes*), la credibilidad de muchos de los datos, perdidos los filtros (económicos) de la edición en papel, y 3) los nuevos modos de control en la era digital, el poder de los nuevos señores del aire, con el término de Echeverría.²⁹ Críticas importantes, a tener en cuenta. Que actualizan el temor o la sospecha (muy anterior) por una tecnología autónoma, una racionalidad instrumental, por un determinismo tecnológico en el que los individuos pierden el control en favor de la máquina, quedan alienados: un accidente que afecta a la totalidad del mundo, para Virilio.³⁰ Lo que advierte en sus últimos libros Nicholas Carr, converso después de su entusiasmo inicial por la informática: la insensatez de los instrumentalistas, los que no quieren verle una ética a la tecnología, como si fuera neutra.³¹ Pero la cuestión es más bien la actitud: no las objeciones,³² sino la respuesta, la voluntad de resolverlas o de dar al traste con el invento; ser capaces de dimensionar los riesgos. Lo que decía Broncano en *Mundos artificiales*: lo fácil es la moralina antitecnológica (como la protecnológica), la manipulación del miedo; lo difícil es la reflexión sensata acerca de las posibilidades y las alternativas tecnológicas.³³ También esta de la comunicación hecha de vínculos, de relaciones, para evitar los centralismos anteriores, el discurso único, de una sola fuente.

De hecho, internet, con una fisonomía cercana o, al menos, con su estructura ya apuntada, nació en el contexto de la Guerra Fría como un sistema de información que podría resistir un ataque nuclear o un desastre natural, porque la pérdida de una de sus partes no afectaba a las demás. El gobierno norteamericano lo concibió con fines militares. En 1969 los científicos del Departamento de Defensa desarrollaron una red de ordenadores (cuatro, de hecho), llamada *Arpanet* (Agencia para la Investigación de Proyectos Avanzados), para transmitir información secreta. El 2 de septiembre de ese año consiguieron la primera comunicación entre dos ordenadores independientes. En 1970 pudieron enlazarse entre sí cuatro universidades: Stanford, las Universidades de California en Los Ángeles y en Santa Bárbara y la Universidad de Utah. En 1971, Arpanet ya disponía de 23 ordenadores centrales. Y en 1972 formaban parte 40 universidades. En los años 80,

²⁸ Cf. Turkle, S., *La vida en la pantalla. La construcción de la identidad en la era de internet*, Barcelona, Paidós, 1997.

²⁹ Cf. Echeverría, J., *Los señores del aire: Telépolis y el Tercer entorno*, Barcelona, Destino, 1999.

³⁰ Virilio, P., *El ciber mundo, la política de lo peor*, Madrid, Cátedra, 1997, pp. 14-15.

³¹ Carr, N., *Superficiales. ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?*, Madrid, Taurus, 2011, pp. 63-64.

³² Pienso ahora en la presunción de inocencia: en la denuncia injustificada o inventada que parece tenerlo fácil en la web, con su propagación rapidísima en las redes sociales.

³³ Broncano, F., *Mundos artificiales. Filosofía del cambio tecnológico*, Barcelona, Paidós, 2000, p. 11.

como escribe Castells, se privatiza: el gobierno de EEUU deja de ser su principal usuario y abandona su mantenimiento directo, del que se hacen cargo instituciones, empresas y universidades que, con la *world wide web*, desarrollada por Robert Cailliau y Tim Berners-Lee, van a permitir su libre acceso: un salto de gigante para la comunicación y la información. La web como un sistema capaz de saltar de un sitio a otro, para presentar una diversidad de datos, un espacio de colaboración para comunicarse y compartir información. Lo que, como ha escrito Castells, hace más fácil su uso, más intuitivo, porque el diseño de la aplicación organiza los sitios web por su información, no por su ubicación.³⁴ Aunque el trabajo de Berners-Lee, en realidad, continúa el recorrido de otros proyectos que habían fantaseado con la posibilidad de enlazar diferentes fuentes de información mediante un sistema informático que fuera interactivo. Vannevar Bush, en 1945, por ejemplo, había propuesto el Memex, acrónimo de Memory Index: un dispositivo, que no llegó a materializarse, en el que se almacenaría cualquier documento. En 1962 Licklider, del MIT, especuló ya sobre la posibilidad de conectar ordenadores en red, con su concepto de red galáctica (*Galactic Network*). Y Ted Nelson, en 1968, con el hipertexto: en su manifiesto *Computer Lib. Xanadú*, su sistema, sería un hipertexto abierto y autoevolutivo que debía enlazar la información pasada con la presente y la futura, toda la información que se hubiera generado o se generara.

A Arpanet lo sustituye internet (al principio con mayúscula, como nombre propio): básicamente un conjunto de ordenadores conectados entre sí a través de la red telefónica, que comparten información, en una comunicación digital que es horizontal y libre. Para el acceso no hace falta más que un ordenador personal y un módem, al alcance de casi cualquiera en los países desarrollados, cuarenta o cincuenta años después de los primeros intentos, con los ordenadores ahora infinitamente más baratos y más pequeños que al principio (el primero fue el ENIAC, fabricado por la Universidad de Pennsylvania en 1946: tenía 18.000 válvulas y pesaba 30 toneladas). En 1991 aparece el primer ordenador portátil. Y ahora, estos últimos años, los teléfonos móviles y tabletas con internet incorporado en su mecanismo, para permitirle al usuario su conexión en todo momento: Por tanto, el acceso a una base de datos inmensa, desde (casi) cualquier lugar, y la comunicación con cualquier otro usuario. Pero también la publicación inmediata de sus ideas, accesibles para todos. Porque la web –con una definición muy básica, pero suficiente– es un conjunto interconectado de servidores informáticos en internet que siguen un protocolo de interfaz en red: lo que en principio iba a ser una biblioteca electrónica para físicos, pero que en seguida se convirtió en un medio de publicación de dimensiones mucho más vastas. Hasta llegar a ser un foro barato para lanzar un mensaje, sin filtros (para bien o para mal). Porque cualquiera, con acceso, puede crear un sitio propio, una página web o al menos participar en un foro: basta con la asignación de un URL (un localizador) y el uso del http (el protocolo de transporte de hipertexto), que permite –otra gran revolución en la edición– encadenar automáticamente el texto propio a otros textos de la web, lo que le da a la información digital un contexto enorme, mucho mayor que en cualquier otro medio.

Como ha escrito John V. Pavlik, muchas veces la función ha seguido a la forma:³⁵ Con internet y la web, la información se vuelve interactiva, hasta agitar la noticia, en parte también porque al cambiar el sistema de almacenaje de las ideas, al crecer tanto su capacidad, cada propuesta no tiene que competir, que imponerse sobre las demás, volverse matriz, para ocupar ese espacio mínimo de la alta cultura. Hoy los márgenes de lo tolerable son mucho mayores: cabe todo, casi todo. Cualquiera es autor, capaz de divulgar sus ideas

³⁴ Castells, M., *La era de la información. La sociedad red*, Madrid, Alianza, 2005, vol. 1, pp. 82-83.

³⁵ Pavlik, J., *El periodismo y los nuevos medios de comunicación*, Barcelona, Paidós, 2005, p. 315.

en casi cualquier parte. Ya no existe esa exclusividad que hacía del autor una autoridad, un tipo excepcional, casi un semidiós. Ha perdido su aura, porque esta dependía de un criterio extrínseco: de las limitaciones de la edición, una circunstancia que, de hecho, se concentra en un periodo de la historia relativamente corto (la noción de autoría tardó en cuajar, no comienza hasta el Renacimiento, y hasta el siglo XVIII no se consolida, con ataques siempre muy fuertes). Ya finiquitado, o cerca de estarlo, ahora que con internet se pone en duda ese único sentido para la trasmisión, ante una noción más globalizadora de autoría colectiva, más diluida, que recuerda a los textos abiertos y sin autor que proponía (al principio, antes de cambiar de opinión) Condorcet.³⁶ Ahora que, con la superposición de distintas voces, sin jerarquizar, en principio, o sin una sola itinerario, acaba el monopolio que imponían las limitaciones de los anteriores medios de comunicación, desgastada ya la confianza en las élites, en el recurso de la autoridad para canalizar (y distribuir) la información desde una posición central.

V.

La lucha entre modernos y posmodernos parece haberlo escorado todo demasiado, con posiciones excesivas, con premisas a veces arbitrarias o poco trabajadas, como esta que denuncio de la incorporación de internet al grupo de los medios de comunicación de masas, como si fuera su caballo de Troya, el último cartucho para la sustitución definitiva de la realidad por la hiperrealidad. Habría que recomponer las piezas, o buscarle otro punto de partida a la reflexión, darle la vuelta: si las quejas vienen de la falta de credibilidad de la información que se trasmite por internet, buscarle un objetivo más ambicioso, amarrado a la condición propia, exclusiva, del hombre: la expresión, con el término de Nicol.

Decía Ortega que de vez en cuando la tarea de la filosofía es volver a lo obvio, que también se olvida y lo trastoca todo. Los derechos humanos son un producto histórico, circunstancial, referidos a un tiempo concreto. Aunque pretendan ser absolutos: universales y atemporales; con una presentación que los convierte en un decálogo, como si fueran los diez mandamientos entregados por Dios a los hombres, que les ha dado con el paso de los años una apariencia demasiado solemne, como si fueran inamovibles, desvinculados de su origen y desarrollo: la excusa perfecta para que el heredero remilgado acabe de taxidermista. Pero cabe otra respuesta: Frente a ese entusiasmo por lo hierático, una comprensión historicista también para los derechos humanos, para poder manejarse con ellos. La filosofía del norteamericano Joseph Margolis, por ejemplo, que considera la dicotomía entre modernidad y posmodernidad solo un síntoma más, otra manifestación, aunque muy sonada ahora, de una reflexión mayor en torno a la pérdida de confianza en la razón como herramienta privilegiada, estática, ahistórica, que lleva caminando desde finales del XIX, desde los hallazgos de Hegel y Darwin. Escribe Margolis que tanto las personas como sus productos son entidades culturales y, por tanto, históricas; que el pensamiento o el conocimiento está enculturado, dentro de una cultura: que es un artefacto provisional que hay que revisar constantemente, adecuándolo a nuestros intereses, porque no hay privilegios cognitivos. Sigue mal visto el relativismo, pero cualquier criterio cognitivo ha sido formado históricamente; no hay pruebas –aunque el argumento se repita desde Platón y Aristóteles– de que lo real tenga una estructura que no cambia. Somos entidades culturales.

³⁶ Nunberg, G., *El futuro del libro. ¿Esto matará eso?*, Barcelona, Paidós, 1998, pp. 26-30.

Y esa cultura es contingente, revisable.³⁷ Para los derechos humanos: mejor la hipótesis de un contrato social que la plasmación de unos derechos naturales. Una explicación que sugiere, además, un pacto entre el conjunto de la sociedad, para el que cada individuo debe convencerse de las bondades del acuerdo, ratificarlo. Un punto de partida sugerente en un momento de crisis institucional que le pide al ciudadano una mayor implicación en la toma de decisiones: recuperar terreno la sociedad civil frente a los partidos políticos; generar diálogo, más fácil con la tecnología digital, para darle forma a la comunidad.

Es la expresión lo esencial en el hombre, lo que lo hace único, para Nicol. Lo rescatable de una definición para la persona desde el historicismo. Un principio que traslada la verdad de un plano meramente epistémico a otro ontológico, sobre el ser mismo, no de la verdad sino de quien la dice. Porque ante la crisis del concepto tradicional de verdad (que las críticas por la credibilidad de los datos en internet ni siquiera se plantean) queda esta otra perspectiva: el foco en el sujeto de la verdad, que Nicol entiende como autor, como operario, protagonista de una acción con la que el hombre se crea o forma a sí mismo al crear formas y modos de expresión.³⁸ La verdad, dice, es un modo de ser, más que un modo de conocer, tiene esencialmente un carácter ético.³⁹ Muy cerca de esa atención de las comunidades libres al proceso con que se genera el conocimiento en un sistema en red, más que al conocimiento mismo. Una toma de conciencia. Un modo de emancipación, de buscar otro camino en la sociedad del conocimiento. “Vivir dentro del Sistema –piensa un personaje de Pynchon– es como viajar por el país en un autocar conducido por un maniaco propenso al suicidio..., aunque bastante afable y bromista por el altavoz.”⁴⁰

³⁷ Cf. Margolis, J., “Relativism and Cultural Relativity”, *What, after all, is a work of art?*, op. cit., pp. 41-66.

³⁸ Nicol, E., *Metafísica de la expresión*, op. cit., p. 278.

³⁹ *Ibid.*, pp. 258-259.

⁴⁰ Pynchon, T., *El arco iris de gravedad*, Barcelona, Tusquets, 2009, p. 614.

